

Acad. II  
Esp - 136

ACADEMIA ESPAÑOLA

UNIDAD Y DIVERSIDAD  
DE  
LAS LETRAS HISPÁNICAS

POR  
ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

DISCURSO LEÍDO POR EL AUTOR EN EL ACTO DE SU  
RECEPCIÓN ACADÉMICA EL DÍA 1 DE DICIEMBRE DE 1935

CONTESTACIÓN DE  
T. NAVARRO TOMÁS



MADRID  
Tipografía de Archivos. Olózaga, 1.  
1935

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES



R 41009

B. 351

ACADEMIA ESPAÑOLA

UNIDAD Y DIVERSIDAD  
DE  
LAS LETRAS HISPÁNICAS

POR

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

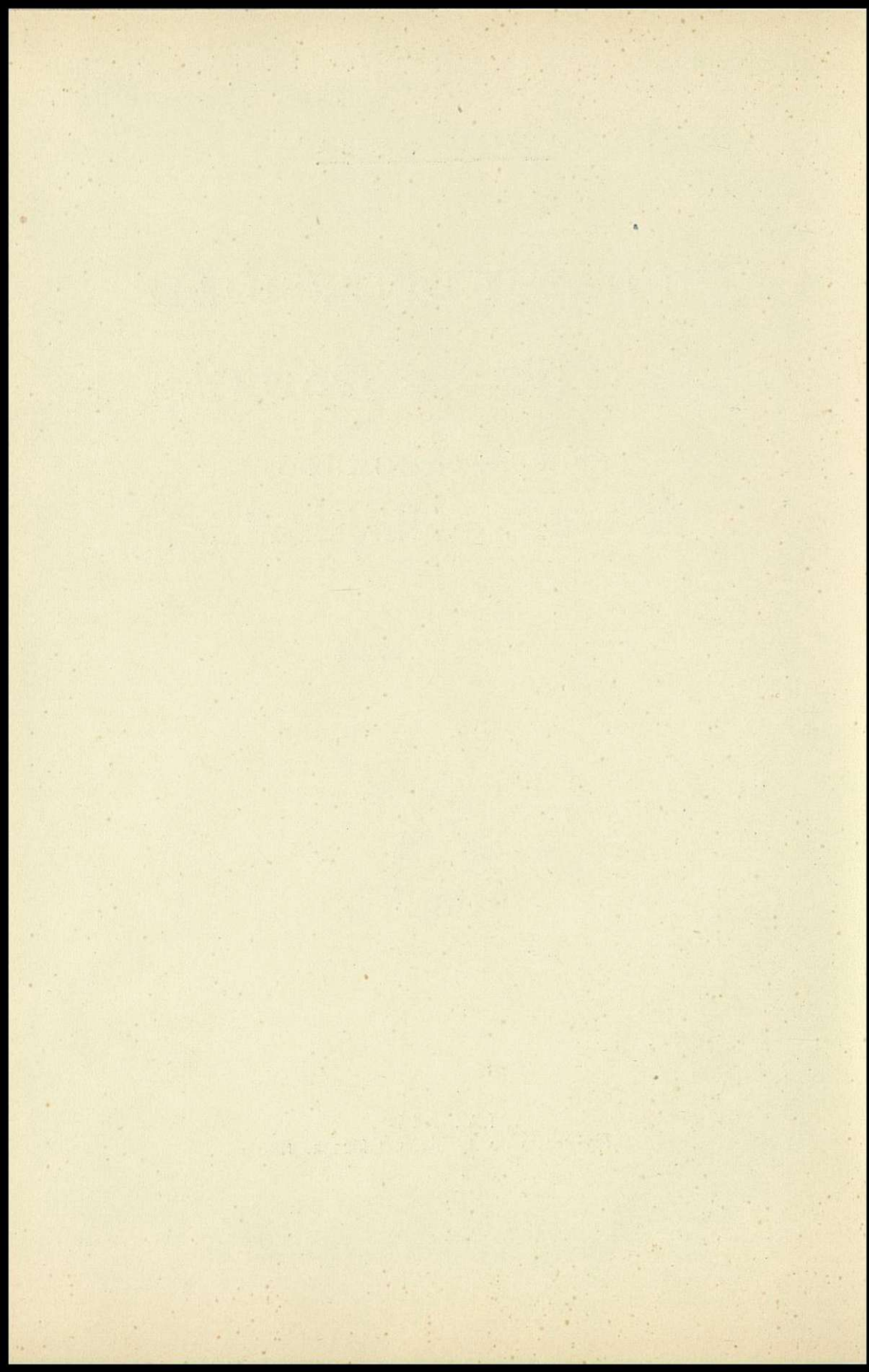
DISCURSO LEÍDO POR EL AUTOR EN EL ACTO DE SU  
RECEPCIÓN ACADÉMICA EL DÍA 1 DE DICIEMBRE DE 1935

CONTESTACIÓN DE

T. NAVARRO TOMÁS

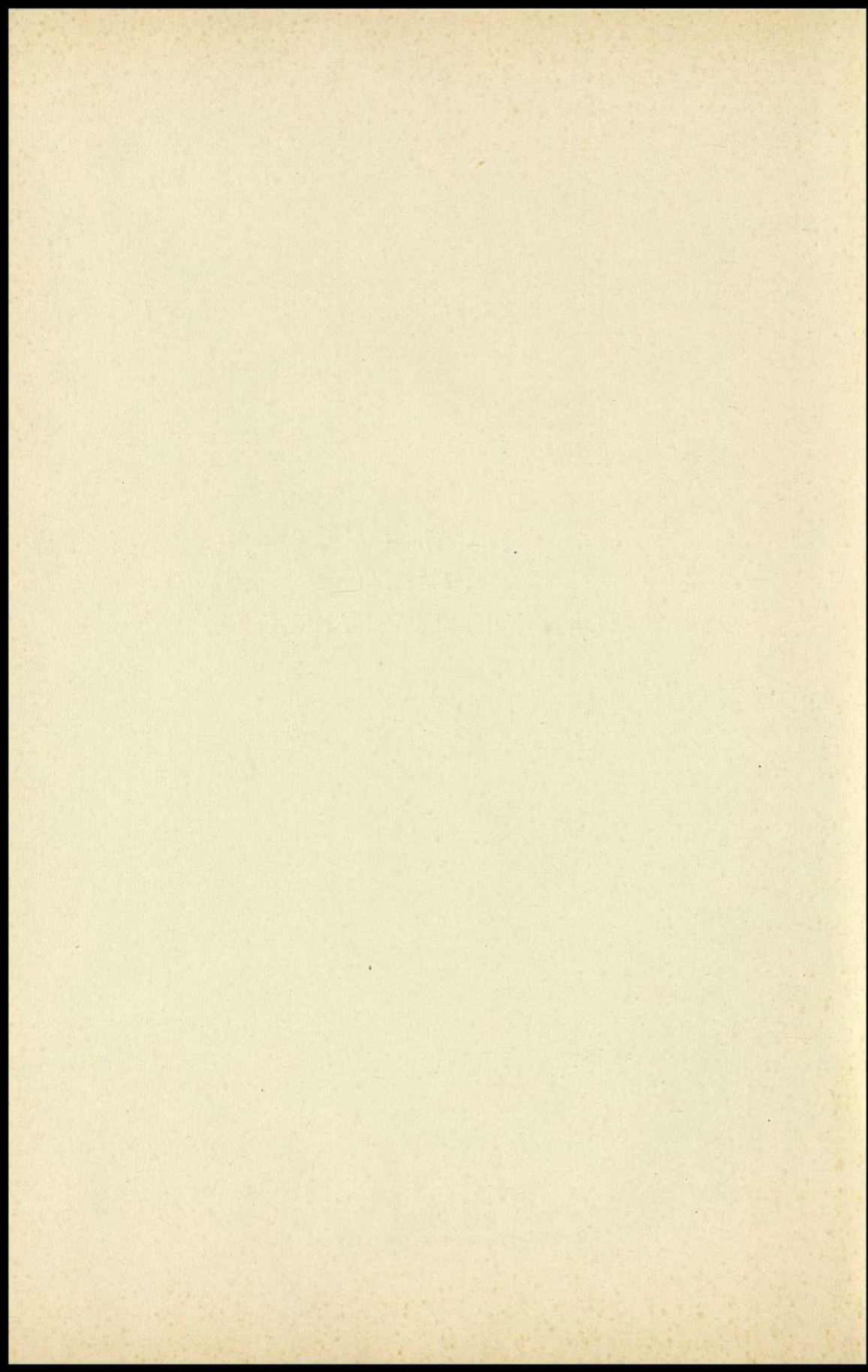


MADRID  
Tipografía de Archivos. Olózaga, 1.  
1935





DISCURSO  
DE  
D. ENRIQUE DÍEZ-CANEDO





## SEÑORES ACADÉMICOS:

Aunque la costumbre haya convertido casi en fórmula, para el comienzo de estas solemnidades, la natural expresión de gratitud obligada en quien recibe una merced, y más aún, cuando supo al solicitarla que sólo a vuestra benevolencia debería el generoso sufragio, no creo que pueda sonar en mí a estricto cumplimiento de una obligación, ni menos a rutinario trámite, el tributo de gracias que públicamente quiero daros.

La carrera de escritor tiene entre nosotros, digan los malhumorados cuanto gusten, hartas satisfacciones, compensadoras de los indudables sacrificios que exige. Nadie al emprenderla pensó que sus pasos le guiaran a la posesión de fabulosas riquezas o al disfrute de grandes honores. Pero yo declaro que si en mi vida de escritor —tanto valdría decir simplemente en mi vida— no me han faltado momentos de vacilación y de amargura, trances de lucha difícil, pérdidas de amistades (si es que la amistad verdadera se pierde, y podemos dar nombre de amistad a un sentimiento extinguido), tampoco me han faltado, en cambio, satisfacciones múltiples, y no sólo de aquellas en que tal vez lo pone todo un fermento muy humano de vanidad. Circunstancias que no he de referir, pero que se me ofrecen como vivas al recuerdo



mientras voy hilvanando los términos de este discurso, me han hecho grato, en suma, el camino, desde los días de iniciación, en que hube de encontrar estímulo y apoyo primeramente, franco afecto después, a prueba de disentimientos circunstanciales, en algún escritor profundamente admirado, hasta los para mí dichosos instantes en que pude, a mi vez, servir a escritores mozos y descubrir quizá antes que nadie un temple de poeta o una aptitud de autor, confirmada después por el tiempo. La que llamamos vida literaria no me regateó sus apacibles favores, y esta acogida que mi pretensión, acaso excesiva, encontró en vosotros, viene a coronarla con una honra tan alta como lo han sido mis aspiraciones, como no sé si lo serán las fuerzas que en servicio de vuestros fines he de emplear para corresponder a ella.

Véisme aquí, animado de los más firmes propósitos, echar de menos una autoridad que, uniéndose a la vuestra, no la empañe ni se vea reducida a pedirle todo su brillo futuro. Aquí os traigo, no más, la sincera fe que puse en el oficio de las letras cuando lo adopté con vocación tan cierta, que no podría yo señalar el momento ni el hecho que hubo de despertarla en mí. Diré sólo que me encontré ya en ella como en la juventud el adolescente, por evolución natural; y con esto no me doy humos de escritor formado, porque bien sé que en tal vocación el profeso es siempre novicio y aun el que logra maestría no abandona jamás las disciplinas del aprendizaje. Vedme, pues, entre vosotros, dispuesto a ser en vuestras tareas, si el último en cuanto a eficacia, par de los primeros en cuanto a dedicación y voluntad.



Vengo a suceder en la silla que vuestros votos me han deparado al excelentísimo señor don Juan Gualberto López Valdemoro y Quesada, que ostentó los títulos de Conde de las Navas y del Donadío de Casasola, y fué catedrático de la Universidad de Madrid y bibliotecario mayor de Palacio hasta el advenimiento de la República. No llegué a tener con mi ilustre antecesor trato directo; apenas si me fué dado cambiar con él en varias ocasiones unas palabras o un cortés saludo. Del hombre tengo, en cambio, muy presente el distinguido porte, y no sin temor le he visto muchas veces seguir, entre un público numeroso, las conferencias que en la Escuela Central de Idiomas nos atrevíamos a dar, en cumplimiento de nuestra obligación, los encargados de sus enseñanzas, maltratando lo menos posible el idioma extranjero aquellos que, como yo, tenían que emplear uno extraño, que parece multiplicar sus dificultades y trocar en impenetrable secreto su más abierta familiaridad cuando hay que llenar con él una hora y está delante un auditorio atento.

Amigos de mi antecesor me han ponderado su grajeo en el hablar, su cortesía perfecta, no incompatible con una severa intransigencia en materia literaria, como de quien vela celosamente por un tesoro intangible, fácil de profanar por la osadía indocta y el afán indiscreto de novedades. De lo que era el hombre en la intimidad me parece dar testimonio escrito la colección de *Cuentos y chascarrillos andaluces*, publicada en 1898 con cuádruple seudónimo, “Fulano, Zutano, Mengano y Perengano”: eran, si hay exactitud en mis informes: don Juan Valera, don Narciso Campillo, don Mariano Pardo de Figueroa, que dió lustre a otro seudónimo popularísimo en su tiem-



po, "El Doctor Thebussem", y el Conde de las Navas. No, ciertamente, reunión de filósofos griegos puestos a elucidar un tema profundo en las idas y venidas de un diálogo ágil, sino tertulia de buenos andaluces, capaces, sin duda, de la más luminosa especulación, pero consagrados, por de pronto, a saborear las sales del ingenio popular en dichos o anécdotas cargados a menudos de especias picantes.

Del españolismo y popularismo que lució el Conde de las Navas no hay muestra más cabal que cierto libro suyo, el que lleva traza de perpetuar su nombre mejor que las aquietadoras narraciones de *Chavala*, *El Procurador Yerbabuena* o *La Niña Araceli*, ejemplos cumplidos del arte de novelar en las postrimerías del siglo, frente a los comienzos de una época distinta, que iba ganando en atrevimiento lo que perdía en respetuosa medida; titúlase aquel libro *El Espectáculo más nacional*, y trata, como todos saben, de las corridas de toros.

Con un simple adverbio marca su autor, desde el rótulo, la disposición levemente humorística en que ha concebido su obra, no como desafortada apología de la "afición", sino como exposición de sus timbres y gestas, llevada a cabo con el más imponente acopio de erudición y con cierta chacota, que no tiende a la caricatura del tema mismo, sino a reducir la desproporción existente entre lo popular de la materia y la gravedad requerida por todo tratado de ciencia o de arte.

Todo español es docto en las de la tauromaquia, aunque no tenga pecho para plantarse en un redondel, abierto de capa ante la fiera; y, si no es docto, no ha de necesitar mucha labia para hacerse oír y suscitar contradicciones enconadas o adhesiones fervientes en esas aca-



demias o ateneos que surgen de improviso en toda peña o tertulia de España así que se aborda el tema. Muchos en tales reuniones recuerdan con toda exactitud fechas de corridas, pelos de toros, percances de lidiadores, anécdotas y pormenores curiosísimos. Ninguno, empero, habrá sido capaz de reunir y sistematizar el acervo de datos que permitió a mi ilustre antecesor ir rastreando el desarrollo histórico de la fiesta, sus relaciones con el ramo eclesiástico, las disposiciones legales que la reglamentaron o temporalmente la prohibieron, la importancia económica del espectáculo, sus reflejos en la Literatura y las Bellas Artes y la intervención que en las corridas tuvieron todas las clases sociales de España.

El Conde de las Navas presenta los seis capítulos principales en que divide su materia como seis toros de una corrida real, dando a cada uno, en vez de la correlativa numeración, nombre de toro, según el asunto de que el capítulo trata; y así va escribiendo o, para seguirle en su persistente metáfora, toreando, los que llevan por denominación "Saguntino", "Jubileo", "Golilla", "Acomodado", "Pinturero" y "Tranvía", con un "embolado" final "en beneficio de los extranjeros", porque recoge las opiniones de los extraños sobre la fiesta, ordenada por él como "corrida extraordinaria en beneficio de la Historia". Y su buen humor llega a componer una portada imitando cartel de toros a la antigua, en el cual inscribe su nombre y título nobiliario, dejando éste entre paréntesis, como apodo de estoqueador. Bastaría esta circunstancia para dejar de manifiesto su actitud, que de ser en todo seria y grave le emparentaría con los más donosos vulgarizadores de la mística en la más rastrera decadencia. Mas lo que haya de irreverente para la fies-



ta de toros en la exposición hecha por el Conde de las Navas se ve compensado por la riqueza documental, que da proporciones ingentes al volumen impreso, considerado por su prologuista, un “técnico” de la nombradía de Carmena y Millán, como “la última palabra”, y en punto a noticias como el “manantial más puro, limpio, sano y abundante”.

La curiosidad bibliográfica del Conde llevóle a investigar lo escrito acerca de materias no ensalzadas, ciertamente, por la trompa épica. Escribió *De gallinas y sus concomitancias* y de *Los vinos españoles*; de *El tabaco*, del *Aceite de olivas* y del *Chocolate*; reunió *Materiales para una bibliografía del agua en España*, y, por supuesto, escribió acerca de los libros y del tamaño de los libros, como especialista y como bibliotecario que era.

Estos trabajos llenaron su vida. Noble vida, pasada entre libros, en la preparación y composición de los propios, ya de esas obras eruditas, por las que supo hacer pasar una vena de humorismo, según he intentado bosquejar en los párrafos que anteceden, vivificadora de la información más escrupulosa y del saber más cumplido, ya de los relatos novelescos que le muestran familiarizado con el buen arte de contar; vida consagrada también al cuidado amoroso de los ricos volúmenes entregados a su custodia en el Palacio de Oriente, para los que tuvo, según hoy puede verse aún, mimo y delicadeza exquisitos. A sus tareas universitarias en las cátedras de Paleografía y Bibliología se debía una parte de su tiempo. Aún lo tuvo para compartir durante once años, con actividad no interrumpida, las labores de esta Academia Española, que guardará con emoción su recuerdo.



Entre los varios temas que se ofrecían a mi atención como susceptibles de retener un momento la vuestra, he preferido uno, quizá demasiado vasto y complejo para ser tratado como se debe en las cláusulas de un discurso de recepción. Aun el título que le he dado, *Unidad y diversidad de las letras hispánicas*, no dice, a mi entender, todo lo que en él cabe. Puesto a considerarlo simplemente en su aspecto ideológico, he tenido que abandonar sin apenas insinuarlos otros carices importantes del mismo, para no dar a mi disertación proporciones inusitadas. Vuestra perspicacia suplirá mis defectos y echará de ver el interés político y el de utilidad práctica latentes en torno a cuestiones que sólo podré tocar aquí muy a la ligera. Ningún pueblo creador de literatura tuvo jamás ante sí las perspectivas que se abren ante el de España. Su idioma, al extenderse por un continente vastísimo y convertirse en lengua propia de muy distintos pueblos, en los cuales la aspiración literaria vino a surgir desde muy temprano, se encontró, en sus mismas tierras patrimoniales, con problemas inexistentes para los demás. Inglaterra misma, con ser tan vastos sus dominios, no conoce problemas iguales. La formación de una poderosa nacionalidad, pero sólo una, en América, frente a la metrópoli británica, simplifica sobremanera el suyo. Las grandes colonias del Imperio Británico no muestran, por de pronto, fisonomía literaria sobresaliente, ni la Literatura alcanza en ellas la preeminencia que logró en las que un día fueron parte del Imperio Español. De éste nacieron muchos estados con caracteres distintos, con problemas internos diferentes, con pretensiones encontradas; en su constitución pasa-



ron por etapas no coincidentes, alcanzaron prosperidad desigual, sintieron influjos particulares.

La diversidad, que fué, desde el comienzo de la Literatura española rasgo suyo evidente, a contar desde los tiempos primitivos, en que las varias lenguas peninsulares se preparaban a dominar, hasta el momento de plenitud, en que, llegado el castellano a cabal madurez, señoreó todo el ámbito de una cultura, las letras españolas mostraron, en su pujante unidad, diversos perfiles, múltiples facetas, ya de géneros que brotan exuberantes frente a la penuria de otros, ya de escuelas contrapuestas, ya de personalidades contradictorias. No se suceden las generaciones con un ritmo sereno, sino que saltan, acá y allá, los hombres como individuos que se encaran como adversarios o se mantienen apartados y ausentes, extraños a cuanto les rodea. Y constituídas las nacionalidades americanas, entre ellas y la vieja metrópoli se establece una serie de relaciones, un juego de simpatías y despegos, unas alternativas de indiferencia y mutua atracción, que, con su historia, vienen a constituir el más apasionante y dramático asunto, y cada una de las fases por que las vemos pasar puede servirnos como tema de meditación y ofrecernos las lecciones más provechosas.

Para tratar como es debido este asunto de las relaciones literarias entre España y las repúblicas de América no quisiera yo adoptar un criterio que me llevara inevitablemente a chocar con uno de los escollos que el tema levanta frente al desprevenido navegador que por tan ancho mar se aventura. Uno de ellos, quizá el más peligroso, está en la consideración de dar por muy trillado el asunto, cuando en la realidad se le ve casi in-



tacto. Quisiera no sólo huír de cuanto pueda parecer dogmático y unilateral, sino evitar, ante todo, lo que pudiera tener son de lisonja.

No dejaré de recordar, en primer término, el ejemplo dado por la Academia Española, que en todo momento ha manifestado su interés por las cosas de América; ya llamando a su seno, en alguna ocasión, a hombres de letras que, nacidos en tierra ultramarina, adquirieron nuestra nacionalidad —y la historia de la silla que me está destinada se enorgullece con un nombre ilustre, el del venezolano don Rafael María Baralt, celosísimo vigilante de la pulcritud y propiedad de la lengua común—; ya viendo estudiadas por académicos del mayor y más justo renombre las producciones de las letras de América; ya recopilando, como lo hizo para conmemorar el cuarto Centenario del Descubrimiento, y por las manos expertas del gran Menéndez y Pelayo, las producciones escogidas de los poetas de todos sus países; ya dando entrada en el diccionario, con un criterio que si de algo peca es de amplio en demasía, a voces que América forjó; ya, por último, creando en las diversas naciones academias filiales que, en correspondencia con la Española y siguiendo su inspiración, cooperen a sus fines y ensanchen el círculo de su autoridad.

Y si de la Academia me vuelvo a los escritores que individualmente han tratado de letras americanas, encuentro también lección y ejemplo, que a la vez me estimulan e intimidan. No desconozco labor de españoles por la cual, más que estudiada, se ha visto la Literatura del Nuevo Mundo tratada con ligereza o con burlas que no han dejado de repercutir en aquellas tierras, suscitando réplicas desatentadas y despertando recelos, como



si tan agrios censores, a los que no he de nombrar, hubieran mostrado ánimo diverso, al tratar de las cosas de América, que al ceñirse a las producciones de la patria española y como si sólo españoles, y no americanos también, hubieran seguido tales rutas.

El mal por ellos causado no tanto consiste en la sátira aplicada a tal o cual producción, muchas veces digna de las más graves censuras, sino en dar como representativa de toda un arte literaria la obra desaforada o mezquina, que se disecaba sin piedad; o en juzgar por una pieza mediocre la obra de un escritor importante; o en vituperar en un trabajo meritorio, en una obra bella, el defecto de pormenor, con olvido de la fundamental excelencia; o en dar el mismo trato al poeta genial y al aficionado presuntuoso, no por falta de juicio para aquilatar los respectivos valores, sino por la falsa persuasión de que el país de origen los equiparaba y tenía en estimación y predicamento análogos.

Desconocimiento, falta de información, en suma, disculpable si admitimos, desde luego, que lejanía puede ser excusa de indiferencia. No tengamos inconveniente en reconocer que los escritores de América han puesto sus libros en manos de los colegas de España con mayor generosidad que éstos en las de aquéllos. Hay algo que lo puede explicar en parte, y es la organización de la vida editorial, que en España pone mayores trabas al autor; y las circunstancias del comercio de libros, existente, sin duda, mas con tales deficiencias, que han acabado por llevar a las esferas oficiales una preocupación muy justificada. El caso es que América tiene facilidades para conocer el libro español y que España no las tiene para conocer el americano, como no las tiene en



América, una república, para conocer la producción literaria de todas las demás.

A ello se busca remedio actualmente; pero no se hallará del todo, ni jamás los tratados darán con él, mientras la iniciativa particular no haga lo que debe y trate el asunto en su aspecto mercantil, no ya como una obligación dudosa y pesada, sino como todo asunto mercantil debe serlo: como verdadero negocio. Ni será suficiente que una casa española, o muchas, establezcan sucursales en los países más ricos y mejores consumidores. Esto es seguir en la época colonial, ya dichosamente pasada en todos los demás aspectos.

Pocos idiomas tienen la difusión del nuestro. Ninguno da, en relación, más reducido contingente de lectores. El defecto es, sin duda, muy profundo, como que dimana de un problema general de cultura y no es remediable por entero merced a una juiciosa organización editorial y librera; pero sí susceptible de progresiva mejora si aquélla se emprende con el único ánimo que puede hacerla fértil: con espíritu mercantil. El negocio de América, de que tanto se habla, no será negocio español mientras no sea también negocio americano. En este sentido el estudio directo de las organizaciones editoriales de Inglaterra y los Estados Unidos puede ser provechoso, no para copiarlo, que otras son las condiciones de su desarrollo, sino para encontrar en su función y eficacia las más vivas lecciones.

El desarrollo de las artes del libro en países como las repúblicas del Plata y México; la profusión misma de ediciones fraudulentas, no sólo de libros españoles, por cierto, que en otros estados alcanza proporción inaudita, son señales, por un lado, de actividad editorial im-



portante, por otro, de la existencia de núcleos cada vez más nutridos de lectores y promesas de un porvenir muy rico, en que podrá desaparecer el mal de que nacen todos: la falta de mutuo conocimiento entre pueblos hermanos.

Ella fué origen de ligerezas y chanzas perjudiciales para las buenas relaciones entre España y América, que llegaron a tomar cariz de enemistad y rencor atávico; ellas lo han sido también de otro mal acaso más grave: de la lisonja desmedida que alguna vez se ha dado a quien acaso no la esperaba, persuadido de no merecerla, y no tributada siempre con ánimo servil, en procura de mezquino provecho, sino resultante quizá de un extremado sentimiento hospitalario, de una benevolencia mal entendida o de una preparación crítica deficiente. Entre estos males no es hacedero decir cuál sea más dañino.

A nadie se le oculta el calor de simpatía, el no interrumpido favor con que suele recibir América la obra de nuestros escritores; pero sería injusticia achacar a España un desvío por los escritores de allá que está muy lejos de corresponder a la verdad de los hechos.

Si es cierto que desde muy atrás, en el siglo último, los escritores de España han sido solicitados y acogidos por los grandes diarios de los países de ultramar, y siguen siéndolo, a la par que los más ilustres de los mayores países europeos, llamados también a colaborar en sus páginas, no lo es menos que España, en sus diarios y revistas, nunca sobrados de medios económicos, ha prestado y sigue prestando a los escritores de América, y no sólo a los que entre nosotros viven y trabajan, sino a muchos que permanecen alejados del antiguo solar, tribuna y palestra generosa. Ni cabe olvidar que de nues-



tras casas editoriales han salido por primera vez al mundo libros insignes de América, y que aún hoy en ediciones españolas, y sólo en ediciones españolas, podemos leer tantas y tantas obras notables de sus altos espíritus.

No es tan absoluta, pues, como se cree la incomunicación, ni faltan los instrumentos más a propósito para que el mutuo conocimiento se afiance. A ello se está llegando poco a poco.

Otro medio importantísimo de comunicación entre España y los países americanos es el teatro; nuestros actores llevan a todo el continente la voz de España resonante en la escena, y, salvo en los países mayores, no hallan competencia temible; aun en éstos las condiciones les son altamente favorables, pero de continuo se oye decir, y es cierto, que los resultados económicos distan mucho de ser pingües, y a menudo son verdaderos desastres. Conviene plantear el problema en sus términos propios, y no ver sólo en el caso frecuente de la pérdida una señal de apartamiento, acaso de enemistad, contraria a la influencia española.

Ordinariamente no es España, no es el teatro español lo que fracasa en semejantes tentativas. A España no la puede representar una compañía mediocre, reclusa sin discernimiento, ni a nuestro teatro el repertorio localista, en que entra por mucho la novedad pasajera, sin fuerza de atractivo para públicos no más refinados y exquisitos, por cierto, pero sí ajenos en sus preocupaciones a los conflictos menudos, que toman cuerpo en la mayor parte de nuestra producción teatral e incapaces de sentir la vena de gracia que se encierra en modos de expresión ineficaces fuera del medio que los ha producido. Y el cinematógrafo, más amplio y fácil en su pro-



ducción, sale apenas de su etapa mercantil, en que avanza guiado por gentes en absoluto desprovistas de responsabilidad literaria. Los directores extranjeros no pueden apreciar defectos de idioma que suelen convertir en diálogo de pista de circo el de los personajes que se mueven en la pantalla. Llega a verse un giro americano allí donde la expresión no es española; pero se ha de advertir que no es americana tampoco. Es, simplemente, defecto de lengua, viciosa construcción gramatical, achacable, no al origen del que ha compuesto el diálogo o las frases explicativas que lo suplen cuando se oye otro idioma, sino a deficiencias personales que el director no aprecia y a la casa productora le tiene sin cuidado, porque no impiden la difusión de sus cintas.

El que contempla desde España el panorama de las letras americanas de habla española siente, a la vez, con la más viva agudeza, la variedad en la unidad, y acaso ésta de modo más profundo todavía. El que lo mira desde un país americano ve, ante todo, la diversidad; no ya porque se sienta distante de España, sino porque se siente, al mismo tiempo, distinto de los demás en su propio continente. Yo me atrevería a decir que el concepto de lo hispanoamericano, sin ser del todo un concepto europeo, se ha llegado a percibir en América por muy raros espíritus.

Un español bien enterado halla lo que existe de común entre México y Cuba, Nicaragua y el Ecuador, Chile y la Argentina; entre uno cualquiera de los pueblos de allende el mar y otro cualquiera de ellos. Allí, sin embargo, la relación se establece entre aquel pueblo y España, y rara vez entre los demás del continente de América,



que se ignoran mucho entre sí, salvo los inmediatos vecinos; más de lo que ignoran de España y España de ellos. Para un americano apenas hay literatura hispano-americana, sino literatura mexicana y literatura cubana; literatura nicaragüense y literatura ecuatoriana; literatura chilena y literatura argentina. Raro es el hombre que, como Andrés Bello, el universal, o como el argentino Juan María Gutiérrez, cada cual inspirándose en motivos que no son los del otro, llega antes de nuestros días a presentir cierta unidad continental.

Todas aquellas literaturas existen para nosotros; pero como rasgo común de todas existe algo más, que es nuestro también, que nos enlaza y comprende: lo hispánico, en que entra, no sólo aquello que en América es español, sino lo español específico.

Hay un elemento común que por ser la primera materia literaria se impone sobre todos y los domina: la lengua. La lengua española, nacida y desarrollada en la península, se trasladó en las naves de España al Nuevo Mundo, y, asentándose en sus dilatadas tierras, adquirió allí desarrollo paralelo al que lograba en la metrópoli. No se impuso por la violencia a las lenguas indígenas, como se habían impuesto las armas; era la lengua de los conquistadores, y prevaleció, como tenía que ser, al fundar éstos sus linajes y ahincarse como en propio solar allá en las tierras conquistadas. La lengua de los vencidos se refugió en el pueblo, no en espera de un fantástico desquite, sino como rezago de un sentimiento étnico, como parte de un culto a la tradición, y no empeñada en ser lo que no había sido jamás o en ser de nuevo lo que había dejado de ser desde días inmemoriales: instrumento de cultura propia. La cultura de la



América hispana adoptó la lengua de los vencedores, y ésta fué la que hablaron los nuevos brotes de aquellos linajes por ellos fundados, los que habían de ser directores de cada nación al sonar los gritos de libertad, que trajeron por consecuencia la formación de sus estados independientes. No importa que en ellos se hayan ingerido ramazones indígenas, y aun en todo extranjeras. Todas se prenden al tronco hispano. Y, por el otro lado del mar, Filipinas. El tiempo ha convertido lo que fué un árbol solo en una vasta y poblada selva.

Que el movimiento de emancipación se hizo, y no podía menos de hacerse, con lucha y dolor, despertando los naturales rencores, sembrando profusamente recelos y antipatías, no cabe dudarlo. Pero así crece un mundo espiritual, como por la separación de sus miembros, para fundar nuevos hogares, para tentar nuevas rutas, para seguir nuevos oficios, crece una familia. Y su crecimiento nunca lo ven sin lágrimas aquellos mismos que lo ansían como razón de su existencia y colmo de sus aspiraciones.

Fiel reflejo de la vida en torno, la Literatura se diversificó en tantas ramas como pueblos iban formándose, y la sustentaron en sus etapas primeras aquellos recelos y rencores, que trajeron por fruto, más tarde, la indiferencia de las unas para las otras y el desconocimiento del origen común. Mas en todos los labios hizo resonar una misma lengua así la palabra de odio como el renuevo de cordialidad que necesariamente había de suscitarse, de ir a mayor con el tiempo y de granar espléndidamente cuando la madurez y la seguridad de los nuevos estados les hiciera sentirse más dueños de su pro-



pio espíritu e investigar más hondamente su realidad íntima.

No quiero tan sólo decir con esto que el paso de los días y la plenitud de su propio destino inclinara en favor de España el ánimo de los pueblos de América que estuvieron bajo el dominio de sus armas; también la antigua metrópoli vió modificados sus sentimientos al curar las heridas de su amor propio mortificado. Heridas que todo un siglo prolonga, desde los primeros aislados gritos de liberación hasta los inútiles sacrificios heroicos de Cavite y Santiago.

Un poeta español neoclásico apostrofaba a los insurgentes de América en versos conocidísimos, que antaño se citaban muy a menudo:

...En vano el mundo  
de Colón, de Cortés y de Pizarro  
a España intenta arrebatár la gloria  
de haber sido español; jamás las leyes,  
los ritos y costumbres que guardaron  
entre oro y plata, y entre aroma y pluma,  
los pueblos de Atahualpa y Motezuma,  
y vuestros mismos padres derribaron,  
restablecer podréis; odio, venganza  
nos juraréis, cual pérfidos hermanos,  
y, ya del indio esclavos o señores,  
españoles seréis, no americanos.  
Mas ahora y siempre el argonauta osado  
que del mar arrostrara los furores,  
al arrojar el áncora pesada  
en las playas antípodas distantes  
verá la cruz del Gólgota plantada  
y escuchará la lengua de Cervantes...

En esta voz española, que es la de don Bernardino



Fernández de Velasco, duque de Frías, hablan aún, se diría, los labios de la herida abierta; su eco es de rencor; su tono de amenaza. La cruz del Gólgota y la lengua de Cervantes le parecen signos de dominación indestructible, y no lo que han sido en realidad: lazos familiares, brazos siempre tendidos a conciliación y concordia. La lengua no fué imposición caprichosa, que hubiera podido romperse con el yugo político, tiranía insensata, contra la cual toda rebelión es legítima; fué don ni siquiera generosamente ofrecido, sino recibido con el aliento al nacer por las nuevas generaciones, de las que había de salir una América libre, llegada a mayor edad y en posesión de todos sus derechos de ciudadanía en el mundo.

Lo insostenible en los versos de Frías es el tonillo de trágala que vienen a tomar sus altisonantes endecasílabos. Despojados de él enuncian sencillas verdades, que no por estar afirmadas con visible exageración dejan de ser verdades. Quitemos el calificativo de pérfidos que antepone al nombre de hermanos; olvidemos la simpleza injusta del verso que sigue, “del indio esclavos o señores”, y todo lo demás del apóstrofe se puede suscribir con absoluta limpieza de corazón.

Es, mantenida su integridad, en la poesía española ese canto y otros por el estilo, contrapartida de los líricos insultos que sobre España vertieron los vates de la Independencia americana, y que si no se pueden recordar gratamente, tampoco han de levantar hoy en los espíritus, de un lado, la patriótica llama que los encendió; de otro, la apasionada réplica vengadora. Son versos del tiempo, explosiones de sentimientos que pueden reducirse, pasado su originario ardor, a una esencial nobleza, la del amor patrio.



Más todavía: no ya en la lengua, que es común, sino en la Literatura, es decir, en la versificación, en la escuela, los versos con que la América independiente abomina de España son de clara construcción española, y están urdidos con resonancias de nuestros poetas, que lanzan contra los invasores de la Península sus valientes denuestos rimados y entretejidos con las mismas reminiscencias clásicas, como forjados al fuego de unas humanidades convertidas, aquí y allá, en sustancia de la propia cultura.

Establecida la independencia de una América dividida en tantas naciones, que siguen cada cual sus destinos históricos tan separadas entre sí como de la vieja metrópoli, dura mucho tiempo la actitud resentida o recelosa, que produce, en el aspecto literario, un apartamiento más aparente que real, por lo que se refiere a España. Hasta fines del siglo XIX las formas españolas dominan, aun cuando el pensamiento siga corrientes europeas distintas de las que rigen en España. En vano el romanticismo dará modelos a América, que se lanzará sobre Byron y Lamartine, Hugo y Musset, considerándolos como a los padres de su poesía, olvidada ya de los dechados clásicos de España: el Romanticismo en América tendrá tanto de esos poetas como lo tuvo el nuestro, y además vestirá las galas de Espronceda y Zorrilla, y la inspiración americana se acomodará más tarde a la rima de Bécquer, como encomendará su realismo humorista a la prosaica métrica de Campoamor y su ardor civil o su vacilación filosófica a la robusta estrofa de Núñez de Arce.

América, pues, si ya no mira a España y ni escucharla quiere, aún la oye, aún devuelve como caja so-



nora el rumor de ella. Los estados más prósperos han sentido crecer con sus riquezas naturales el ansia de una expresión genuina, y han visto su aguja imantada señalar el foco europeo de donde surgen las nuevas corrientes literarias, ésas que al principio se llaman modas, y a menudo lo son en sus ínfimos pormenores escandalosos, pero que al cabo se registran como tendencias dominantes en la marcha de las generaciones.

Nunca parece América más lejos de España que en las postrimerías del siglo pasado, al romperse los últimos lazos coloniales, que dibujan como una total ruptura en la familia hispánica. Los nietos de los conquistadores han roto con los nietos de los conquistados. Y uno de aquéllos, un indio chorotega con manos de marqués, le ha dicho terminantemente al abuelo español de barba blanca: “Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi patria; mi querida, de París.”

Pero existía el lazo indestructible de la lengua. Grave error entre los que, considerando al español de América como en progreso y avance sobre el de España, llegaron a pensar que el castellano en Castilla se había quedado inmóvil, momificado, mientras en los países nuevos crecía suelto y flexible, despreocupado y abierto, a influjos de modernidad, lengua viva, y no triste, aunque venerable, lengua muerta.

No, ciertamente. El castellano de Castilla iba pasando por los mismos trances que todo idioma vivo; contaminándose y limpiándose de continuo; echando malezas fácilmente extirpables o contrayendo vicios más duros de arrancar, pero vivo, en suma, y no entregado a la vana contemplación de sus riquezas pasadas, sino apto y dispuesto para conservarlas y acrecentarlas, a regaña-



dientes tal vez, pero sin descanso. ¿Se han de considerar como virtudes en América y como vicios en España las mudanzas que trae el tiempo al habla común? El castellano de los grandes siglos es admirable por sus cualidades estéticas; pero lo es, sobre todo, porque refleja cabalmente el espíritu de la sociedad que lo habla y lo escribe. Las quejas de muchos americanos contra el castellano están fundadas en la falsa creencia de que España conserva intacto aquel tesoro. ¡Ay, no! Aunque lo admire y vele por él, singularmente desde su Academia, no lo ha conservado, ni para el habla ni para lo escrito, con la majestuosa grandeza de entonces. Y me atrevo a decir que si hoy se lo devolviesen tal como salía de las plumas de aquellos inmarcesibles ingenios, a cambio de este abrupto, y contaminado, y polvoriento, y deportivo español actual, con que expresa, no sus glorias de dominio, sino sus luchas y sus anhelos, sus alegrías fosforescentes y sus inquietudes abrumadoras, no admitiría el cambio. No admitiría el cambio y se abrazaría a su palpitante lengua de hoy como la princesa india, entre el cortejo de los inmortales, resplandecientes y puros, al cuerpo mortal de su amado, hermoso como ellos, pero señalado con los estigmas de cansancio y sudor que delatan su condición humana.

Tiene España, y así ha de ser, y todo pueblo poseedor de una insigne cultura está obligado a tenerlo, amor profundísimo a su habla y a los que la hicieron grande. Nadie renuncia a su propia tradición por la ajena; pero nadie hipoteca tampoco su propia, humilde personalidad, a la de los antepasados gloriosos. En su evolución americana el español ha andado mucho, tanto, que no siempre ha visto cómo andaba también aquí, en su evo-



lución española. Cuando se ha parado a ver, atraído por voces que ya sonaban tanto como las de todas las sirenas de Europa, se ha sorprendido. No sólo le entendía, sino que le parecía estarse escuchando a sí mismo. Los nuevos escritores de España tenían para él un encanto insospechado. ¿Por qué?

Hasta en lo más típico y nacional el idioma responde con semejanzas notables, desde una orilla atlántica hasta otra, desde la pampa argentina hasta la estepa castellana. En alguna ocasión he aducido ejemplos fehacientes, y me bastará recordar alguno aquí ahora. Sea una estrofa del *Martín Fierro*, la décima trunca, falta de sus cuatro versos iniciales, con el muñón de un verso sin rima al comienzo y los cinco últimos, que se enlazan como los correspondientes de la espinela. A través de los siglos parecen contestarse nuestro Gómez Manrique y José Hernández, el cantor pampeano, y cuando el más noble poeta popular argentino dice su estrofa,

Bien lo pasa hasta entre pampas  
el que respete a la gente;  
el hombre ha de ser prudente  
para librarse de enojos:  
cauteloso entre los flojos,  
moderado entre valientes,

parece apresar en ellas un eco del decir sentencioso, del cantar medido y pausado, que resuena viril en Gómez Manrique:

En el caballo sin freno  
va su dueño temeroso;  
sin el gobernalle bueno  
el barco va peligroso;

sin secutores las leyes  
maldita la pro que traen;  
los reinos, sin buenos reyes,  
sin adversarios se caen.

No puede hablarse en esta poesía de imitación directa. Probablemente el argentino no conocería los versos del español, ni aunque los conociera le servirían propiamente de dechado. Es que el héroe argentino tiene parecido evidente con algunos de los héroes de nuestros romances, y que el poeta no es, en absoluto, un poeta sin cultura. Canta según la natural disposición de su espíritu, como los payadores junto al fogón, y en el canto le sale a flor el poso hispano.

Pero tampoco la poesía gauchesca se queda inmóvil. En los nativistas uruguayos toma rumbo nuevo, y su patriarca es el español José Alonso y Trelles, “el Viejo Pancho”, como quiso llamarse al firmar sus versos. Aquí puede entrar ya un comienzo de imitación, pero es poesía genuina, con el sabor de la tierra uruguaya, abierta y alta de cielo sobre las cuchillas; es el habla del pueblo, mas la música es otra, y es española también: oigamos “la güeya”:

Pulpero, eche caña,  
caña de la güena,  
yene hasta los topes ese vaso grande,  
no ande con miserias.  
Tengo como un juego  
la boca de seca,  
y en el tragadero tengo como un ñudo,  
que me áhuga y me apreta.  
Deme esa guitarra...  
¡Quién sabe sus cuerdas



no me dicen algo que me dé coraje  
pa echar esto ajuera!

Hoy de madrugada  
yegué a mis taperas,  
y observé en el pasto mojáo po'el sereno  
yo no sé qué güeyas...

Tal vez de algún perro...  
Pero ¡de ande yerba!  
Si al lao de mi rancho no tengo chiquero,  
ni en mi casa hay perra...

Dentré, y a mi china  
la encontré disperta...  
Pulpero, eche caña, que tengo la boca  
lo mesmo que yesca...

Yo tengo, pulpero,  
pa que usté lo sepa,  
la moza más linda que han visto los ojos  
en tuita la tierra.

Con eya mi rancho  
ni al cielo envidéa...  
Pero eche otro vaso, pa ver si me olvido  
que he visto una güeya...

El metro bien conocido es: seguidilla gitana. Con ella los poetas populares españoles, o con sus elementos, el verso de seis sílabas, en juego con el de doce y el de diez, han compuesto poesías famosas. No oímos ya en el Viejo Pancho a los poetas del siglo xv; pero en ocasiones nos da el equivalente de ciertas serranas aún más primitivas, y en su tono general el que responde a nuestros poetas regionales, a un Gabriel y Galán, a un Vicente Medina. Con el mismo asonante de la poesía



citada suena entre las del último una de las más famosas:

Anda tú, si quieres...

No he d'ir, por mi gusto, si en cruz me lo ruegas,  
por esa sendica por ande se fueron,  
pa no volver nunca, tantas cosas buenas...  
esperanzas, querereres, suores...  
¡Tó se fué por ella!

Sean imitaciones felices, sean coincidencias de tono a través de los tiempos, tan propias de la poesía popular que los estudiosos de ella saben cómo repercute, no ya en los diferentes ámbitos de una misma raza, sino en los más apartados rincones de las más opuestas, un cantar mismo, y con qué extraña fidelidad un traje o adorno se halla en los más distintos climas, lo lucen las gentes entre sí más remotas, estas correspondencias entre lo que suele considerarse como diferencial y genuino, me parecen otras tantas indicaciones de la unidad profunda, que es nimbo de la rica variedad en las letras hispánicas.

Y también la encuentro acusada por los esfuerzos reivindicatorios con que la crítica más reciente de los países de América intenta reclamar para sí en ciertos escritores tenidos constantemente por españoles, a pesar de su nacimiento en tierras de ultramar. En el período colonial las letras de Nueva España o del Perú aparecen totalmente identificadas con las de la metrópoli. Acaso los países nuevos dan a los escritores que pasan a tierras de reciente conquista imágenes y colores, y quizá entre todos no haya ejemplo más alto que el de Bernardo de Valbuena, de quien Menéndez y Pelayo afirma “que si pertenece a la Mancha por su nacimiento, perte-



nece a México por su educación, a las Antillas por su episcopado, y que hasta por las cualidades más características de su estilo es, en rigor, el primer poeta genuinamente americano, el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella prodigiosa naturaleza”. Pero son otros, los nacidos en tierra americana, así lleven nombres genuinamente españoles, como Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, o Juana de Asbaje y Ramírez, o sean mestizos, como Garcilaso el Inca, los que figurando en la historia de las letras hispanas con puesto indiscutible, al ser ahora reclamados por la crítica de sus países respectivos como poseedores de rasgos no precisamente españoles, hablan en pro de la unidad con testimonio elocuente. Al Inca ya le reconoce estas cualidades Menéndez y Pelayo, cuando considera los *Comentarios Reales* como “libro el más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito, y quizá el único en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas”; cita la frase de Prescott, que encuentra en los escritos de Garcilaso “an emanation of indian mind”, y concluye que él y Alarcón, el dramaturgo, son “los dos verdaderos clásicos nuestros nacidos en América”.

El mejicanismo de Alarcón, tal como lo expone con sabia cordura don Pedro Henríquez Ureña, es de otro matiz; es, podría decirse, de puro matiz. El crítico reconoce que en él la nacionalidad no explica por completo al hombre. “Las dotes de observador en nuestro dramaturgo —dice—, que coinciden con las de su pueblo, no son todo su caudal artístico: lo superior en él es la trasmutación de elementos morales en elementos estéticos, don rara vez concedido a los creadores. Alar-



cón es singular por eso, no sólo en la Literatura española, sino en la Literatura universal.” Lo que de su nacionalidad le llega es para el insigne crítico dominicano su porte, lleno de medida y cálculo, en contraste con el torbellino que agita el teatro español de su tiempo; sus dones de observación, que el mexicano “guarda socarronamente para lanzarla, bajo concisa fórmula, en oportunidad inesperada”, que le lleva a la creación de la comedia de costumbres. Dotes de piedad, discreción y cortesía, virtud también, aunque secundaria, que caracteriza a los naturales de Anahuac. “Proverbial era la cortesía de Nueva España precisamente en los días de nuestro dramaturgo: “cortés como un indio mexicano”, dice en el *Marcos de Obregón* Vicente Espinel. Poco antes, el médico español Juan de Cárdenas celebraba la urbanidad de México comparándola con el trato del peninsular recién llegado a América. A fines del siglo XVII decía el venerable Palafox, al hablar de las *Virtudes del Indio*: “la cortesía es grandísima.” Y en el siglo XIX ¿no fué la cortesía uno de los rasgos que mejor observaron los sagaces ojos de Madame Calderón de la Barca? Alarcón mismo fué, sin duda, muy cortés: Quevedo, con su irrefrenable maledicencia, le llamaba “mosca y zalamero”, y en sus comedias se nota una abundancia de expresiones de cortesía y amabilidad que contrasta con la usual omisión de ellas en los dramaturgos peninsulares.”

Rasgos secundarios, pues, caracterizan como mexicano a Alarcón, que vivió los más de sus años en España; pero en Juana de Asbaje, o sea sor Juana Inés de la Cruz, que pasó toda su vida, no sólo en México, sino en el retiro, muy relativo, es cierto, del claustro, la



educación a la española se muestra en la literatura con una profusión de ornato barroco semejante a la que enriquece, con abolengo peninsular y mano de obra indígena, las portadas, sagrarios y cúpulas de las iglesias de México, semejantes a las españolas, pero no idénticas, distinguidas por un acento propio.

Y más cerca de nuestros días, ¿no se ha intentado también con finos argumentos, ya que no arrancar a Gertrudis Gómez de Avellaneda del cuadro de nuestra Literatura de transición del neoclasicismo al romanticismo, aproximarla por lo menos a la de Cuba, más que por sus cualidades típicamente cubanas, por la carencia de ciertos rasgos que se daban en los otros poetas castellanos de sus días?

Todas estas reivindicaciones tienen, como se ha indicado, un fondo de razón; pero no hay que extremarlas. Por ellas ni se convierte a Garcilaso en peruano puro, a Alarcón y Sor Juana en mexicanos, a la Avellaneda en cubana, dejando reducida su cualidad de españoles a una porción desdeñable, ni se intenta siquiera tal absorción. Por la totalidad de su obra, por el momento en que aparece, por el medio en que se produce, por las resonancias que devuelve, por el fondo de cultura en que brota, españoles son y españoles han de seguir siendo. Es posible que en España pudiéramos señalar cualidades de fantasía exótica, de mesura y discreción, de lírica pompa, de pasión y misticismo juntos, comparables a las de los escritores citados, en otros escritores que ni nacieron fuera de nuestro suelo, ni salieron de él jamás, ni tuvieron contacto alguno con el Perú, México o Cuba; cualidades debidas al temperamento individual, al ingenio privativo, y no al azar del nacimiento, aunque bien



pudo éste determinar en los mentados el brote de las prendas de ingenio que, por coincidir con las predominantes en su patria, pueden servirles como de timbres de ciudadanía.

Esto nos lleva a suscitar otra cuestión, que tendría el más vivo interés si pudiera darse resuelta en pocos rasgos: la determinación de aquéllos en que consiste propiamente la fisonomía literaria de cada uno de los países de América. Obra conjunta de muchos hombres y resultado de complejos estudios ha de ser tal determinación, que yo no me atreveré a intentar aquí más que a modo de insinuación y pronto a las rectificaciones que una paciente labor sistemática y el más cabal conocimiento de cada uno de los países imponga.

México podría tal vez concretarse en los rasgos que definen la fisonomía de Alarcón: mesura, observación, gracia, intención buída y socarrona; y en el fondo un misterio de siglos. Las cinco repúblicas que junta como una piña Centroamérica tendrán también perfiles que las distingan entre sí: unidas podrían reducirse al humorismo de un Batres y a la curiosidad lírica, un tanto versátil, que magnifica con su ejemplo Rubén Darío. Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico, en su órbita son languidez apasionada, contemplación pronta a convertirse en grito, caliente espectáculo de colores. Venezuela se planta en actitud de luchadora; es brava e inquieta, de complejo fondo revuelto. Colombia es docta y diserta; sobre sus hombros la toga doctoral sienta bien; pero sus aulas miran a la selva primitiva, que es libertad y dolor. El Ecuador, desde sus tierras altas, de clara atmósfera intelectual, otea sus abrasadas costas; montañas de tradición y riveras de aventura; así también sus letras.



El Perú guarda nostalgias de corte, sabe historias del pasado, tiene la gracia del contar y en sus cuentos hay oro, sangre, sensualidad y humor jocundo. Bolivia, encaramada en sus mesetas, tiene tersura de lago; en la atmósfera quebradiza se derrama el son melancólico de la quena. Masca eternamente la coca en un sueño de acción. El Paraguay tiene más cerca de la mano el arma que el libro; su literatura es todavía combate. Chile es la historia; sus hombres de letras tienen fisonomía de magistrados. El temblor de su suelo no perturba la severidad del estudio. Su poesía y su novela son también graves, hasta en los juegos. El Uruguay, abierto y claro, ve a sus hombres en larga contienda y forja el drama. La Argentina es crisol junto al horno encendido; todo lo recibe y depura, todo lo funde en uno: la complejidad de su gran urbe, por una parte, la diversidad de su paisaje, por otra, diversidad hecha de sencilleces yuxtapuestas. A la Argentina no hay nada humano que le sea ajeno.

¡Diversidad de América, pareja en su ser físico y en su expresión literaria! Diversidad que es, por encima de todo, aspiración a la personalidad propia y distinta, nunca lograda a expensas de la profunda unidad. Diversidad correspondiente a la diversidad de España misma, tan varia en su área reducida, cortada por las cadenas montañosas, acariciada por tres mares que le marcan diversos caminos. Diversidad en que influye, acaso, la procedencia peninsular de los primitivos grupos dominantes. Diversidad que hoy trata de hacerse más honda por los cultores de la modalidad criolla, no distinta de lo hispano, en esencia, o de un indianismo que busca las fuentes precolombinas, saltando por el dominio es-



pañol, como si tomara partido por unos átomos de sangre a costa de otros; como si el español quisiera olvidarse del romano para volver al tartesio. Como de toda lucha, puede salir de ésta la más noble fecundidad. Aún no se llega a la restauración de los cultos antiguos, en que se ha inspirado la fantasía de D. H. Lawrence al imaginar su *Serpiente con plumas*. Nadie intenta sustituir por las lenguas conservadas en oscuros repliegues étnicos la fuerza expansiva del español. La corriente indianista, cuyo lejano precursor parece ser Garcilaso el Inca, sólo puede dotar a las letras modernas de temas exóticos como los que el romanticismo suscitó, acercando a la sensibilidad europea el fruto de otras civilizaciones y el color de otros climas. Todo ello para enriquecimiento mayor del tesoro literario común, en igual forma que el privativo de algunos pueblos americanos empieza ya a enriquecerse, tratando con levantado estilo el tema español en sus manifestaciones más genuinas y abundantes en rasgos propios.

Vuelve así América sus ojos al solar de los conquistadores, y no sólo a inspirarse en él, sino a engalanarlo y enriquecerlo. Un caso entre todos descuella: el de Rubén Darío. Pasaron ya los tiempos en que se le consideraba ante todo como importador de modas literarias galicistas. Aun entonces la pluma de Valera se extremó en su elogio, desde el comentario famoso que hoy se lee como introducción en ciertas ediciones de *Azul*. “Los versos de usted —le decía— se parecen a los versos españoles de otros autores, y no por eso dejan de ser originales: no recuerdan a ningún poeta español, ni antiguo ni de nuestros días.” En los versos de *Azul* un español, don Juan Valera, encontraba sabor español. Por la pro-



sa de *Los Raros*, el mismo Valera se detenía a notar hechos ciertos. “Los hispanoamericanos —decía—, separados de la metrópoli hace ya sesenta u ochenta años, tienen menos arraigo, menos savia española, y tienen el espíritu más abierto al pensar y al sentir de lo extranjero. Hasta cierto punto, el hispanoamericano culto se ha hecho cosmopolita, si bien adoptando un cosmopolitismo limitado, dentro de lo que se ha dado en llamar *latino*.” Por las *Prosas y Profanas y otros poemas* le localiza en París, y le echa en cara su desarraigo: “A mi ver, si él se olvidase un poco de París, donde habrá pasado dos o tres semanas en toda su vida, y si pensase más en América, que es su patria y que es donde vive, la originalidad, la gracia y el primor de su prosa y de sus versos serían mayores y más dignos de alabanza que lo son ahora.” Por los mismos días, en otro famoso estudio que vino a ser prólogo del libro, un americano, el uruguayo José Enrique Rodó, le reconvenía por no ser “el poeta de América”.

Sobre la inanidad de semejante reconvención —porque, ¿quién puede ser, por sí solo, el poeta de América? ¿quién, con tantos siglos de cultura, es el poeta de Europa?— no es necesario insistir. Como americano cumplió Darío la misión que trajo al mundo, y que implicaba una renovación de la poesía de lengua española, perfectamente compatible con el respeto a las tradiciones, que él era el primero en conocer y practicar. Su despedida al abuelo español, a que antes aludí, no es tanto una convicción profunda como una manera literaria, y corresponde a ese cosmopolitismo, remedio heroico, si se quiere, a los ataques más virulentos del particularismo regionalista, en que ninguna literatura puede ence-



rrarse. Cosmopolitismo que, para serlo de veras —como lo fué en Darío— no excluye nada: ni su América nativa ni la España de sus antepasados; el temple español de los versos de Darío nadie puede negarlo, aun el de aquellos que reproducen ritmos franceses, tocándolos en el contraste de nuestra métrica primitiva. Y en los *Cantos de Vida y Esperanza* crece su talla aún, y acierta con el remedo bárbaro del verso latino, que le sirve para proclamar su fe en los destinos de Hispania fecunda.

La poesía de América, libre ya de rencores, deja oír el canto fraterno, augural de los nuevos días:

No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo  
ni entre momias y piedras reina que habita el sepulcro,  
la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,  
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,  
ni la que tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,  
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.

Unanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos;  
formen todos un solo haz de energía ecuménica.  
Sangre de Hispania fecunda; sólidas, ínclitas razas,  
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo...

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,  
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,  
ve llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.

Con Rubén Darío viene a España un influjo directo de América. Su revolución llegó a triunfar como todas aquellas que toman su fuerza en las inclinaciones del tiempo. Fué fecunda, como la revolución rítmica, en que Garcilaso y Boscán transportaron el modelo de Italia, y como la revolución barroca, en que el genio de Góngora marcó tan profundamente su huella. Y no destruyó de lo



pasado nada digno de tenerse en pie. Sus mejores discípulos son los que menos le imitan. El instrumento poético es hoy más amplio y resonante, sin que la orquesta de nuevos timbres y triunfadores plenos quite nada de su armonía al más íntimo clavicordio, ni apague el estruendo de clarines y atabales más afirmativo y glorioso.

El nombre de Darío cifra para las repúblicas de América y para España otro momento de unidad: el de la tendencia llamada modernista, en que todos parecen diluirse en una vaga evasión de toda realidad circunstante que no sea la exaltación mística o sensual del individuo. Pero es un instante no más. La tendencia siente muy pronto el tirón de sus raíces, y todas las diversificaciones resurgen más tarde, ajustadas ya a los nuevos moldes, o fieles a las antiguas rutas. Mas lo adquirido, adquirido está, y el momento que unió los ánimos no fué inútil: vino a constituir un común pasado próximo, un arranque de nueva tradición, un lazo duradero.

Hace unos años, al emprender mi primer viaje a América, hube de alcanzar el vapor en el puerto de una ciudad española que no conocía, la ciudad de Cádiz. Para el que no haya estado en otro lugar de Andalucía, Cádiz ha de ser Andalucía pura, sal de sus mares, blancura y gracia de sus tierras. Para el que conozca bien las provincias andaluzas, Cádiz será una nueva maravilla, pero tan diferente aun de las más cercanas como puede serlo entre ocho hermanas lindas la más joven y salerosa. En sus edificios religiosos algo hay que recuerda los de Sevilla: fachadas, cúpulas, yaserías. Pero de repente salta otro acento: aquella espadaña de esquina

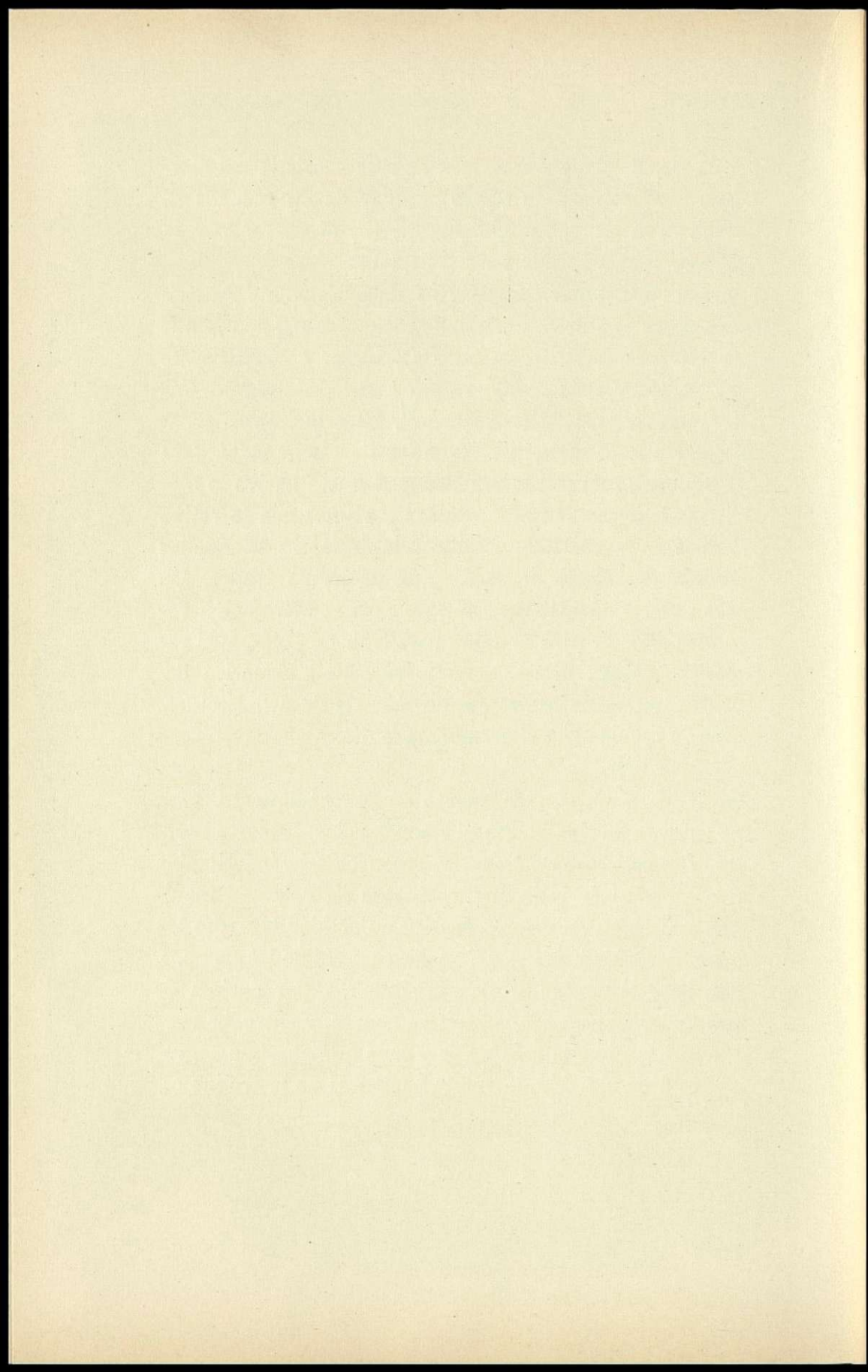


en la capilla de la Pastora..., aquella sacristía del Carmen..., el espléndido ritmo angular de su fachada..., aquel coro de Santo Domingo... Y, al correr por la ciudad, tantas mansiones particulares.

No cabe dudar. Aquello es un anticipo de América, porque el viajero curioso se encuentra allí con lo que los técnicos, cautos aún para establecer concretamente los hechos y, más todavía, para sacar deducciones, llaman ya "influencia de retorno". El principio es español, y de España fué llevado a las tierras ganadas para el Imperio; mas allí la práctica y el gusto nativo lo modificaron y acomodaron a líneas y ritmos que la retina de los que regresaban, acaso con la nostalgia de aquellas tierras, reprodujo después en la península madre. En buena doctrina artística, aún no cabe la afirmación rotunda; mas los ojos se dejan persuadir de golpe, y el raciocinio acepta la teoría como verosímil. América devuelve a España, en elegantes formas de arquitectura, algo de lo que ella primeramente le dió.

Otro tanto ha de darle en letras, y el ejemplo de Darío lleva ya en sí viva fuerza de convencimiento. Mas no se trata de rivalidades ni competencias. Importa coordinar el esfuerzo de todos, y, reconocida la indeclinable personalidad de cada uno, respetada su voluntad manifiesta o tácita de diferenciación, no olvidar tampoco los lazos de unidad que se afirman, a través de los tiempos, con inquebrantable solidez, creándonos, por encima de particularismos, un alto espíritu común, y entre los cuales el más vivo, el más noble y más que ninguno sagrado, está en el habla de veinte naciones: en la lengua española.

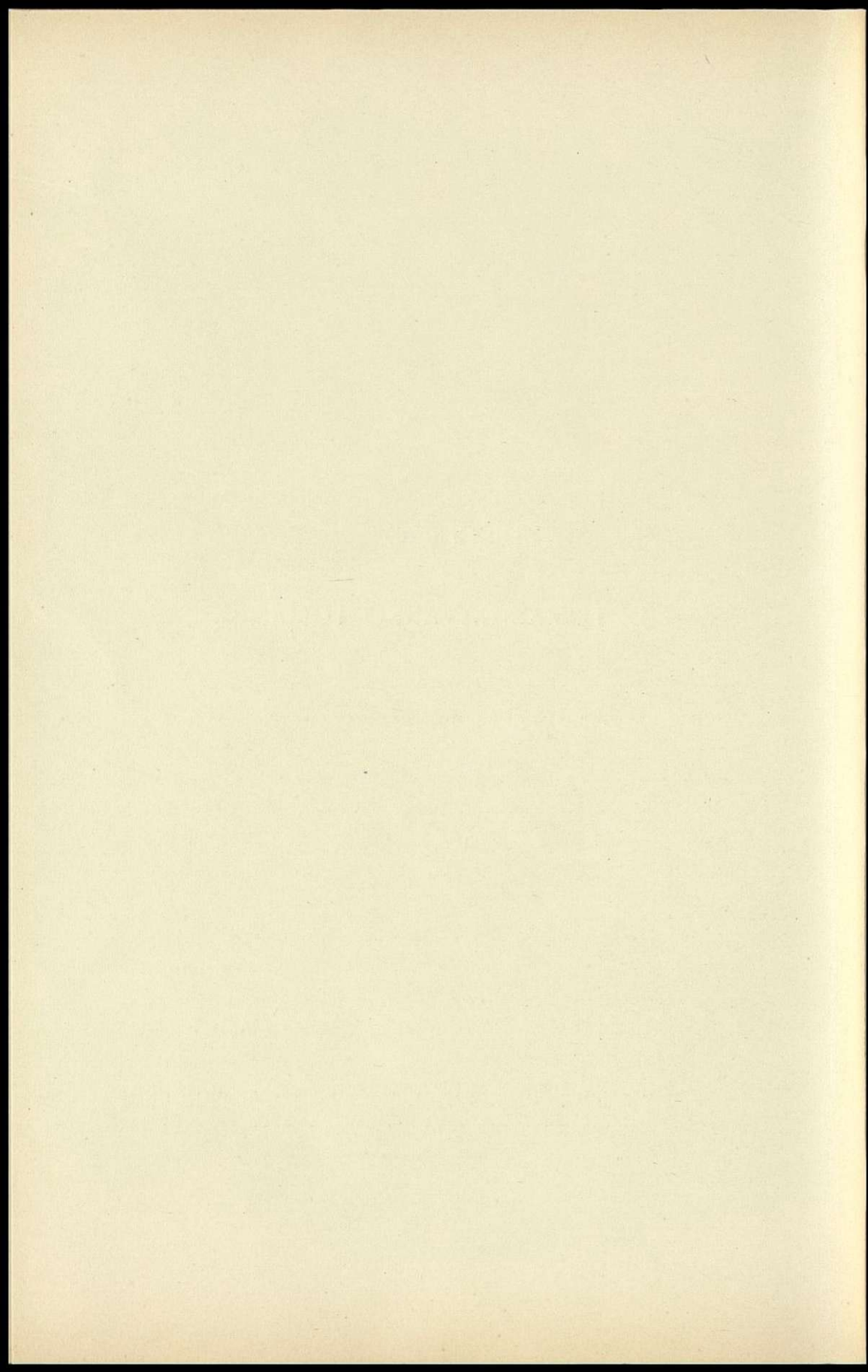






DISCURSO  
DE  
D. TOMÁS NAVARRO TOMÁS





SEÑORES ACADÉMICOS:

El discurso que acabamos de oír refleja un aspecto importante de la personalidad literaria de nuestro nuevo compañero. Su lectura invita a empezar esta contestación que me habéis encargado, dedicando algunas palabras a la labor realizada por el señor Díez-Canedo en relación con la Literatura hispanoamericana. Pero no es éste precisamente el primer asunto que viene al pensamiento al tratar de componer una semblanza ordenada de las diversas actividades que el señor Díez-Canedo ha desarrollado en el campo de las letras. Unos breves datos, fáciles de recordar para quienes conocemos a Díez-Canedo desde el principio de su carrera literaria, bastarán para señalar los cauces por donde ha discurrido su trabajo.

En 1903, después de haber terminado en Madrid sus estudios de Derecho, se dió a conocer con un poema, premiado en uno de aquellos famosos concursos de *El Liberal*, seguidos con tanto interés por los jóvenes de comienzos del siglo. Poco más tarde su nombre adquirió singular prestigio con la publicación de dos libros de versos propios —*Versos de las Horas*, 1906, y *La visita del Sol*, 1907— y uno de versiones de poetas extranje-



ros —*Del cercado ajeno*, 1907—. Por el mismo tiempo empezó a colaborar como crítico de Poesía en la revista *La Lectura* y como crítico de Arte en el *Diario Universal*. Amplió sus estudios de Literatura y Arte en París desde 1909 a 1911, en contacto principalmente con los grupos del *Mercur de France* y de la *Nouvelle Revue Française*. Durante su residencia en París publicó otros dos libros de versos, *La sombra del ensueño*, 1910; *Imágenes* (versiones) 1910. Al regresar a Madrid fué nombrado profesor de Elementos de Historia del Arte en la Escuela de Artes y Oficios y de Lengua Francesa en la Escuela central de Idiomas. Desde esa fecha su esfuerzo ha venido repartiéndose entre la Poesía, la crítica y la enseñanza en asidua e infatigable labor.

En la obra de Díez-Canedo, como poeta, crítico y profesor, se aprecia una clara y fundamental unidad. Las cualidades de su espíritu crítico y de su temperamento literario aparecen estrechamente compenetradas, tanto en sus composiciones poéticas como en sus ensayos y juicios críticos sobre obras de Literatura y Arte y en sus disertaciones de conferenciante y profesor. Base esencial de esa unidad es el amplio y cultivado fondo de conocimientos y experiencias que los trabajos de Díez-Canedo demuestran. Su esfuerzo no se ha limitado a seguir la producción literaria de los pueblos de lengua española. Ha dedicado mucha parte de su tiempo y atención a estudiar el movimiento artístico moderno de los principales países de Europa. Con sorprendente capacidad de lectura y con viva curiosidad intelectual su mirada ha estado atenta a toda tendencia, doctrina o intento de renovación artística de alguna consideración e importancia. Cualidad tan valiosa y tan poco frecuente



presta a los trabajos de Díez-Canedo ese sello inconfundible del juicio sazonado y de la palabra justa y adecuada, que sin apariencias trascendentales ni ademanes solemnes, asientan su sentido sobre alturas de amplias perspectivas.

Producto de esta cultura íntimamente asimilada debe de ser la actitud comprensiva, ponderada y serena con que Díez-Canedo aparece en sus versos, en sus trabajos críticos y en su trato personal, o, a lo menos, los efectos de esta influencia deben haber contribuído poderosamente a definir y afirmar en tal sentido su natural inclinación. Un constante afán de conocimiento y de emoción estética lleva a Díez-Canedo a entregarse vehementemente a la elaboración de sus composiciones literarias y a la lectura, estudio e interpretación de libros y obras artísticas; pero en la comunicación de sus sentimientos e impresiones el impulso emocional aparece siempre re-frenado bajo formas de perfecta medida y compostura, en una serenidad y sobriedad de expresión que contrastan con la viva tensión que en su fondo se advierte.

En sus primeros libros de versos, publicados en plena época modernista, supo recoger la sensibilidad poética de la nueva escuela sin incurrir en sus excesos. Espíritu abierto a todas las invitaciones de la ideología moderna, tuvo en su cultura histórica, en su conocimiento de la Poesía de otras lenguas y en su lealtad al principio estético de la sinceridad sentimental y de la pureza expresiva, firme y segura defensa contra exageraciones y convencionalismos. Con el nombre de Díez-Canedo encabeza Federico de Onís, en su *Antología*, el grupo de poetas que dentro de la escuela modernista re-



presentan una reacción restauradora de valores clásicos y una aspiración nueva a la perfección dentro de la sencillez y la medida.

La autoridad y renombre alcanzados por Díez-Canedo como crítico literario han eclipsado en parte su prestigio de poeta. Nuevas formas de creación poética que posteriormente han ido sucediéndose han atraído y sugestionado la atención de las gentes. No está a nuestro alcance adivinar cuáles entre tantos intentos han de ser los predestinados a herir con templado acero y mano firme el vivo corazón de lo futuro, como dice el mismo Díez-Canedo. Lo único que podemos decir es que en varias de las composiciones de Díez-Canedo y en especial entre las que figuran en el libro titulado *Algunos Versos*, 1924, y en sus *Epigramas Americanos*, 1928, creemos hallar calidades artísticas y aciertos de sentido y expresión de los que han perdurado en la estimación de todos los tiempos.

No quedará su nombre entre los poetas del arte deshumanizado, de la estética desnuda, de la belleza sin emoción. Su poesía, intelectual y sensitiva, refinada y sencilla, idealiza y ennoblece aspectos humildes de la vida ordinaria, capta y dibuja el vago perfil de la impresión fugitiva, y entiende y traduce las palabras secretas de las cosas sin voz. Poesía de noble estirpe, que reanima con aliento sutil los objetos que toca y condensa en breves y limpias palabras el espíritu de personas y cosas. De este exquisito arte de Díez-Canedo, que hispanistas tan advertidos como Fitzmaurice-Kelly y Bell han elogiado con expresivas palabras, sólo quiero citar como ejemplo la composición en que el poeta habla de las letras al niño que aprende a leer:



“Has aprendido a conocer las letras  
y vas con ellas a formar palabras.  
Hijo, las letras, en su oscura tinta,  
llenas están de luz. Mira: las unes,  
leyendo “gato”... “lobo”... “rana”... “mula”...  
y ves abrir al lobo de los cuentos  
la enorme y negra boca; relamerse  
con egoísta fruición al gato;  
ves a la rana súbita en cuclillas  
dispuesta al brinco, y a la fuerte mula  
tirar del carromato estrepitoso.  
Todo se anima para ti. Son alas  
de tu imaginación las letras. Oyes  
al descifrarlas resonar en torno  
la armonía del mundo. Mira, hijo,  
todo lo dicen unas cuantas letras.  
Ya sabrás, ya sabrás, cuando la vida  
te lleve por sus áridos caminos,  
que unas letras — AMOR — lo inician todo,  
que todo para en unas letras — MUERTE.

Llama la atención entre las cualidades poéticas de Díez-Canedo la fina sensibilidad con que suele servirse de la virtud expresiva de la rima y el ritmo. Es acaso entre los poetas modernos el que ha sabido obtener de estos elementos efectos más variados y eficaces en armonía con el carácter de cada composición. Ninguno le aventaja en variedad de ritmo y metro ni en destreza para servirse de ellos según el efecto, grave, ligero, serio o irónico, que en cada caso se propone producir. Formas métricas que son materia inerte y muda en otros poetas, adquieren en manos de Díez-Canedo viveza y expresión. En sus versiones de poetas extranjeros contenidas en sus libros *Del cercado ajeno*, *Imágenes* y *Antología de la poesía francesa*, y especialmente en su admirable tra-



ducción de la *Sagesse*, de Verlaine, su identificación con los originales llega en muchos casos hasta recoger el giro y aire de sus propios ritmos. En recientes trabajos sobre versificación y métrica ha mostrado Díez-Canedo el especial interés con que ha considerado estas materias.

Aparte de esto, la valoración expresiva del sonido es en las poesías de Díez-Canedo factor estilístico de principal importancia. No obstante sus estudios críticos sobre pintura y sus composiciones poéticas inspiradas en obras pictóricas, se puede observar que en la composición espontánea de sus versos da lugar preferente a las imágenes sonoras. No se trata de observaciones corrientes relativas al sonido entre las diversas circunstancias que pueden concurrir en una impresión. Se trata de representaciones, evocaciones y recuerdos cifrados de manera especial y a veces exclusivamente en el efecto de la impresión sonora.

En su poema titulado *Versos Intimos*, cálida evocación de su niñez y juventud, el puerto gallego en que Díez-Canedo vivió algunos años aparece en una breve alusión, de la cual es rasgo esencial el recuerdo de los marinos extranjeros “de hablas guturales”, y la escuela en que aprendió las primeras letras no figura representada por su forma, disposición o ambiente, sino precisamente por

“el tonillo escolar, el insistente  
rítmico silabeo que hoy resuena  
dentro de mí con un rumor de fuente  
primaveral, fresquísima y serena”.

En un soneto sobre el paseo de coches del Retiro, donde tantas impresiones de color podrían figurar, las no-



tas más salientes, para las que el poeta reservó el lugar preferente del último terceto, se refieren a sonidos que, partiendo del antiguo campo de tiro de pichón y de la casa de fieras, contrastaban extrañamente con el tono del parque ciudadano:

“Lejos, tiros frecuentes por el aire apagados,  
y a veces el temblor, más doliente que fiero,  
del rugir de unos viejos leones enjaulados.”

De manera análoga, en los versos finales de su conocida Oda a la Cibeles, donde culmina el sentido del poema, acude el poeta a una imagen sonora al querer descubrir el secreto de la fuente madrileña en el murmullo de sus surtidores. Evoca en una ocasión abreviadamente el carácter criollo de una calle americana con el recuerdo de una simple inflexión de voz. Otra vez, en fin, para no citar más ejemplos, hasta la emoción de una puesta de sol se le transforma al poeta en imágenes sonoras, creando él por su parte el sonido cuando la realidad no se lo da:

“Yo trato de ajustar al ritmo de mi paso  
la vaguedad de un verso que por formarse lucha.  
Más que el oído débil, todo mi ser escucha  
la solemne, la mística palabra del ocaso,  
síntesis del coloquio de la tierra y del cielo,  
que con esfuerzo inútil traducir mi alma intenta...”

La labor de Díez-Canedo como crítico literario apenas es necesario mencionarla. Por su frecuente colaboración en la prensa diaria, el tono y estilo de sus trabajos críticos son a todos familiares. Azorín ha hecho un fino y expresivo elogio de las cualidades críticas de Díez-Canedo. Gómez de Baquero, con palabras no menos



encomiásticas, le consideró como figura de primera línea entre los escritores que ejercen en España la crítica literaria. Con sus estudios de libros y autores publicados desde 1907 en revistas y periódicos españoles y americanos, y con sus reseñas de obras de teatro, desde 1915, en la revista *España* y sucesivamente en varios periódicos, Díez-Canedo ha venido influyendo eficazmente, día tras día, en la orientación de las gentes de España y América sobre asuntos de Literatura y Arte. Sus principales libros sobre esta materia son los que se titulan *Sala de retratos*, 1920; *Conversaciones literarias*, 1921, y *Los dioses en el Prado*, 1931.

Penetración, buen gusto, amplia cultura, juicio claro y sereno y tacto delicado para oponer censuras y reparos sin herir la susceptibilidad de los autores son las raras cualidades que han elevado a Díez-Canedo al eminente lugar que ocupa en la crítica española. En la actitud crítica de Díez-Canedo, como en el carácter de su labor poética, los motivos intelectuales se combinan en íntima compenetración con un cálido interés humano y una aspiración constante a cooperar en el refinamiento de la sensibilidad y en la depuración de la creación artística. Sin ceder de los principios y exigencias de la razón, su mirada considera cuidadosamente todos los aspectos de la obra que estudia con cordial y comprensiva atención y con conciencia escrupulosa de su responsabilidad.

No entran en el sereno estilo de su crítica ni el elogio apasionado ni la censura violenta y estridente. A la indicación desnuda del defecto y al tono doctoral y autoritario prefiere la suave ironía de la insinuación y de la media palabra, fácil y sutil instrumento en el autor de tantas gacetillas agridulces aparecidas en la po-



pular y anónima sección periodística que se llamó “La cena de las burlas”.

En estos últimos años el asunto a que Díez-Canedo ha venido dedicándose con mayor empeño ha sido la crítica teatral. Lo que hay de voluntad dinámica, de curiosidad inquieta y de ingenio rápido en el carácter de Díez-Canedo ha encontrado campo particularmente propicio en la especie de milicia que es esta clase de crítica. Milicia es, en realidad, toda la profesión literaria; pero en el ejercicio de la crítica teatral se exige un constante esfuerzo, no para las grandes batallas, sino para la continua escaramuza. Vinculada en el periodismo, por lo que toda representación escénica tiene de suceso, de pasajera actualidad, la crítica diaria tiene que sustituir la indispensable reflexión por una prontitud de juicio que arriesga mucho si no se ve asistida por una preparación fundamental.

En el concepto que hoy domina sobre el teatro, el espectáculo escénico es considerado como producto de un arte mixto, en que la Literatura es sólo uno de los componentes, y aun si se pone atención a lo usual y ordinario, componente fortuito, del que a menudo se suele prescindir. El criterio de Díez-Canedo es otro. Sin desconocer la importancia de las artes convergentes en una representación teatral, considera que ésta sólo puede hallar dignidad y decoro en una perfecta forma literaria, no confundible con la severidad clásica ni con el hervor romántico, y tan amplia en sus temas, que no excluya ninguno. La preparación literaria y el temperamento artístico de Díez-Canedo no echan en olvido que el teatro es sobre todo poesía dramática, y que tanto una trage-



dia griega como un entremés o sainete en la más reducida lengua vernácula, son verdadera y legítima poesía si responden a su propósito y logran su respectiva emoción.

Refinado gustador de la obra de arte de cualquier procedencia y avezado explorador de literaturas extranjeras, opina Díez-Canedo que el teatro no debe ser cultivado con criterio estrechamente nacionalista, pero advierte insistentemente en sus críticas que a los españoles no les conviene perder contacto con su teatro inmortal, nacido de sentimientos populares, a los que el genio de los poetas supo incorporar los más arduos problemas, y forjado con una vitalidad que en la soltura de sus movimientos parecía ya presentir la variedad y riqueza escenográficas del teatro actual.

Ha dedicado Díez-Canedo mucha parte de su esfuerzo al estudio de la Literatura hispanoamericana. Durante largos años su atención ha venido siguiendo asiduamente la producción literaria de aquellos países y ha estado en relación personal con muchos de sus escritores. Sus viajes a Méjico y Chile como profesor y conferenciante y al Uruguay como Ministro de España han estrechado esta relación. Ha puesto en el estudio de los libros y autores hispanoamericanos el mismo interés que en los españoles, considerándolos juntamente como partes inseparables de una misma unidad cultural. La unidad de las letras hispánicas, que hoy ha sido fondo esencial de su disertación, ha sido sentida en todo tiempo por Díez-Canedo con espontánea y natural sinceridad.

Por otra parte, conoce como pocos la variedad de



modalidades particulares que componen esa gran unidad. Una parte especialmente interesante del discurso del señor Díez-Canedo es la que se refiere a los rasgos peculiares, por los cuales la producción literaria de cada uno de los pueblos de América se distingue de la de los demás. Alguna vez Díez-Canedo desarrollará con toda la amplitud necesaria y con todos los elementos de su abundante información el sugestivo bosquejo que hoy ha trazado de este asunto.

La penetración y rectitud con que ha estudiado la Literatura americana han sido unánimemente reconocidas. Los más distinguidos escritores hispanoamericanos han manifestado que la labor de Díez-Canedo ha conseguido incorporar definitivamente el capítulo de América a la historia de la Literatura española, ensanchando con tan extensa provincia el conocimiento de la geografía literaria de nuestra lengua. En el conocimiento de la vida literaria de América, no limitado a determinados países, sino extendido a la totalidad de los pueblos de cultura hispánica, se le reconoce una competencia no superada entre los mismos americanos. Ha sabido interesar y atraer la atención hacia nombres de positivo mérito, sólo conocidos antes en reducidos círculos de su tierra natal, con lo cual, no sólo ha creado relaciones de conocimiento y estimación entre España y América, sino en la misma América, entre unos países y otros. Su influencia, según Gabriela Mistral, ha producido en América una modalidad de juicio sofrenado, sin asperezas ni violencias, y una sensibilidad más despierta para leer y distinguir.

Se le ha llamado, en fin, el amigo de América, y se ha hecho resaltar que con su preocupación y esfuerzo



ha logrado rectificar y borrar actitudes de recelo y desafecto, motivadas por la escasa atención que en España se ha dedicado a las actividades literarias de aquellos países. Por el solo estímulo de su afecto y de su afán intelectual, frente a la indiferencia de los que no sienten el grave daño de ese descuido, Díez-Canedo ha realizado una labor hispanista de la más sólida eficacia, fervorosa labor que se dispone a proseguir en próximo viaje por otros lejanos países del ancho mapa de la hispanidad. Al reconocimiento que escogidos hispanoamericanos le han demostrado en repetidas ocasiones, debemos unir, por nuestra parte, con mayor obligación, nuestra más viva gratitud. En ningún nombre más autorizado que el de Díez-Canedo ha podido pensarse para ponerle al frente de la nueva revista *Tierra Firme* con que la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos trata de contribuir a la comunicación intelectual entre España y América.

En análoga consideración de espíritu generosamente atento a toda manifestación de cultura hispánica se le tiene en Cataluña, donde sus traducciones de poetas catalanes y sus reseñas críticas sobre Literatura de esa lengua han sido recibidas con expresiva estimación, y donde, aludiendo, asimismo, a actitudes de frialdad y despego, se ha elogiado en Díez-Canedo la serenidad de ánimo con que aun en tiempos de borrasca sabe elevar el corazón y el pensamiento sobre el oleaje.

Fuera de España y América, extranjeros conocedores de las letras españolas, como Fitzmaurice-Kelly, los Mérimée, Bell, Cassou, Puccini y otros han elogiado como poeta y crítico a Díez-Canedo, por su sensibilidad artística, por su extensa y variada lectura y por la cla-

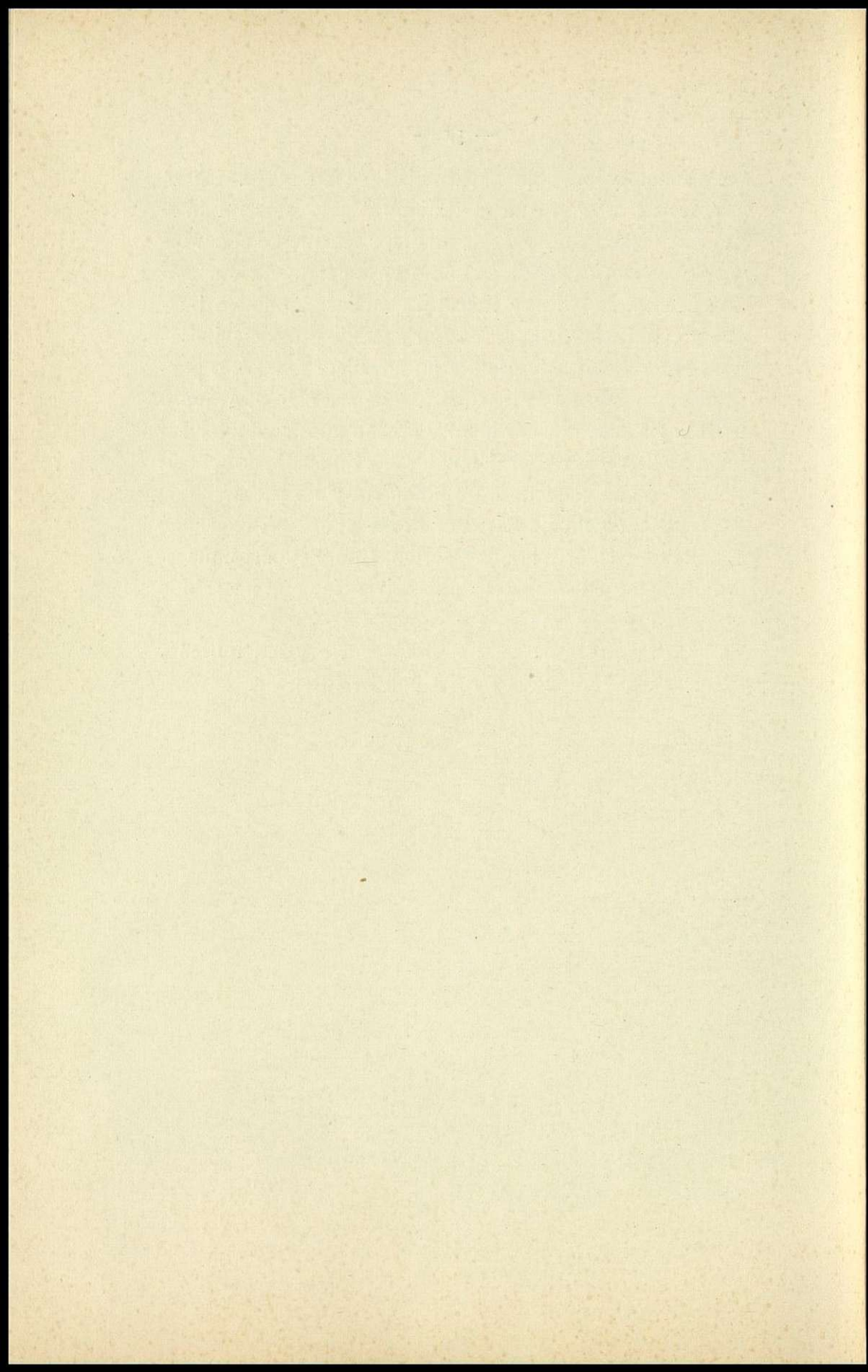


ra, sencilla y flexible naturalidad de su estilo. En el interesante estudio que el italiano Mario Puccini hizo de Díez-Canedo, después de analizar finamente el carácter de su crítica, observa cómo en su inquieta curiosidad intelectual no hay literatura moderna que no busque y estudie, cómo su atención pasa de un poeta italiano a un humorista inglés o a un novelista francés o portugués, y cómo su ágil espíritu sabe ser cálido, grave o irónico y hallar el tono justo y sereno ante cualquier fenómeno literario o moral, cualidades, en suma, de un crítico que es en el fondo un humanista y un poeta.

La Academia ha de tener desde ahora un excelente colaborador en este hombre activo, fino y experto, maestro ejemplar en maneras de convivencia, que ha sabido convertir en norma habitual de su conducta y de su trabajo el difícil arte de caminar entre los hombres y las cosas entendiéndolos y haciéndose entender.









ACABÓSE  
DE IMPRIMIR  
EN LA TIPOGRAFÍA DE ARCHIVOS,  
EL DÍA 27 DE NOVIEMBRE  
DE 1935

